

Lo que realmente importa

diariodeunparkinsoniano

2020-11-14

Querido diario.

Estas semanas están siendo un poquito especiales para mí.

En primer lugar, ya lo habrás notado, dejás de vivir “de prestado” en WordPress, esa casa en la que te cobijé durante más de cuatro años, para alojarte, ya como propietario asentado, en este sitio web, más limpio y ordenado.

Y en segundo lugar, ya te habrás enterado, he presentado en sociedad a Mouse Helper, aquel programa del que te empecé hablar hace ya algunos años.

Por aquel entonces lo que principalmente buscaba al crearlo era seguir agarrándome (o más bien, aferrándome) a lo que más me ha gustado siempre, y que era aporrear el teclado de un ordenador para construir programas, byte a byte, rutina a rutina, que resolvieran problemas reales.

Nunca imaginé, ni en el más profundo de mis sueños, que pudiera llegar a tener la repercusión que está teniendo.

Soy muy consciente que, de cara al público, sólo sean los quince minutos de gloria que toda persona debe tener en su vida para sentirse importante.

A mí eso, sinceramente, me importa bien poco.

Cuando en ANAPAR me preguntaron si quería presentarlo oficialmente a los medios de comunicación, no lo dudé ni un momento.

Pensé, lo digo sinceramente, en poder llegar a esas personas, que, como yo, intentaban adaptarse a la situación.

Aunque para ello debiera quitarme, de nuevo, mis vergüenzas e inseguridades, esas que me han lastrado durante demasiados años.

O prestar mi propia casa, para que los de RTVE la “invadieran” para hacer su reportaje, después de que Iñaki, el periodista que ha organizado todo, me lo pidiera en ese tono con el que habla, tranquilo y pausado.

O posar para las cámaras como si fuera un personaje importante.

O que me entrevistasen en directo en la radio, ese medio que tanto amo.

Después llegaron las felicitaciones, de amigos, de compañeros de trabajo.

Incluso de gente a la que este proyecto le había importado bien poco desde el principio.

Todo eso me da igual.

Lo que realmente me importa, es lo que pasó a las pocas horas.

En mi buzón de correo tenía un correo nuevo, de alguien que no conocía.

Era de Yolanda, espero que me perdone por contarlo.

En el asunto ponía... “Un abrazo y estoy enganchada al diario”, y en él me daba las gracias y me contaba que su padre, ya fallecido, había tenido Parkinson y que hubiera estado encantado de poder usarlo.

Y entonces, se me escapó una lágrima.

Porque esos quince minutos con los que la gente se queda, para mí son algo más.

Son horas y horas delante del ordenador, intentando que Mouse Helper quede lo más sencillo posible, robándolas de estar con mis seres queridos, de alejarme, en la semi-oscuridad de la madrugada, del calor de la persona amada.

Son el no rendirte y luchar, el superarte.

Son extrujarte el cerebro hasta dar con la solución a un problema.

Al de Yolanda han seguido más correos, más mensajes de twitter, de Facebook.

Gente que me escribe, agradecida y que también me pide ayuda.

Gente que sin que ella lo sepa, me da paz y que me anima, a su vez, a seguir adelante.

Eso, eso es lo que realmente importa.

Reyes Magos diariodeunparkinsoniano

2021-01-06

Érase una vez que se era, hace ya tanto tiempo, tanto que se desvanece en mi recuerdo, una época en la que a los críos se nos clasificaba de otra manera.

Deportivamente hablando, independientemente de si te gustara o no el fútbol, tenías que ser, a la fuerza, del Barça o del Madrid.

De Colacao o de Nesquik.

De Bony, Tigretón, Pantera Rosa o de aquella deliciosa medianoche con la chokolatina en medio.

De Tulipán o de Mantequilla.

De Nocilla o de Pralín, olvídate de la Nutella, porque ni existía.

Y, como no podía ser menos, cuando llegaban estas épocas navideñas, tenías que ser de Olentzero, Papa Noel o de los Reyes Magos.

Todo eran conjuntos excluyentes: O estabas en uno o en otro, pero nunca en los demás, salvo pena de excomuni3n.

En aquel bombo de la lotería de la vida a mi hermana y a mí nos tocó ser “de los Reyes Magos”, así que esperábamos impacientes a poder estrenar nuestros juguetes, al final de las vacaciones, cuando ya muchos habían desgastado los suyos de tanto usarlos.

A decir la verdad, tampoco nos importaba demasiado.

Todos los días 6 de Enero, seguíamos el mismo ritual.

Nuestra madre nos ponía “de Domingo”, repeinándonos y vistiéndonos con nuestras mejores ropas.

Y, mientras mi padre farfullaba para sí que íbamos a llegar tarde, tomábamos atropelladamente el autobús que nos llevaba a Pamplona, y caminábamos unos cientos de metros hasta llegar a un cine, que ya no existe, y del que ya no recuerdo ni el nombre.

En aquel cine, abarrotado de gente, nos esperaban ellos, los Reyes Magos, para entregarnos nuestros regalos.

Pero antes, como si de grandes estrellas del Rock se tratasen, actuaban de teloneros “los Picapiedra”, en dibujos animados, año si, y año también.

Y, por fin, después de unos minutos de interminable espera, se abría el telón y aparecían Melchor, Gaspar y Baltasar, acompañados de sus numerosos pajes y de una montaña enorme de relucientes regalos.

Era, para que voy a negarlo, el paraíso de cualquier mocoso.

Había montañas de “Tentes” esperando a ser montados; flotas de camiones volquetes, esperando a ser llenados con los granos de arena de mi imaginación; muñecas de todo tipo, raza y aspecto.

Y, boquiabiertos, sin apenas salir de nuestro asombro, esperábamos, inmóviles y atentos, a escuchar la palabra clave “Hermanitos Liberal”, saliendo de los altavoces del cine.

Y saltábamos de nuestros asientos, todo nerviosos, siguiendo las indicaciones de los pajes hasta que nos sentaban en el regazo del rey que estaba disponible en ese momento.

No recuerdo muy bien lo que nos decían aquellos Reyes, sólo la luz fulgurante del flash, saliendo de la cámara fotográfica que inmortalizaría el recuerdo para siempre.

También he de confesar que era una época mágica, y en la que no te importaba lo más mínimo que Baltasar te dejara unas sospechosas marcas negras al besarte, o que tuviese un asombroso parecido con Cubelo, uno de los compañeros de trabajo de mi padre.

Para mí el 6 de Enero será siempre una fecha especial.

Con el tiempo aquellos Reyes se fueron convirtiendo en otros que me hicieron valorar más las cosas inmateriales, como el agradecimiento de la gente cuando das sin esperar recibir nada a cambio, o el amor, o la amistad, o la paciencia, o la esperanza, o la fuerza por seguir luchando.

Y por eso, sólo por eso, soy y seré “de los Reyes Magos”

diariodeunparkinsoniano

2021-04-11 06:51

Hoy es Domingo, 11 de Abril del 2021

De madrugada he empezado a escribir esta entrada en mi abandonado diario mientras siento llover por mi ventana, intentando recordar cómo era el olor a tierra mojada, ese olor que tanto echo de menos.

Hoy se celebra el día mundial del Parkinson.

El día mundial de los Parkinsonianos y de todos los que tienen relación con él.

Es cierto que el Parkinson es una putada, hablando claro y sin tapujos.

Tanto física como mentalmente.

Créeme, sé muy bien de lo que hablo.

Te podía contar lo que cansa el luchar con esos momentos “uniformemente acelerados” del día a día, cuando tu mente va más rápida que tus manos cuando tiemblan.

O de lo que duelen las articulaciones y los músculos cuando están agarrotados y hacen que te muevas torpemente, y deseas “cambiar de carrocería”.

O de las vueltas que le das a la cabeza, pensando en como afecta todo esto a los seres queridos que te rodean.

Pero no. Hoy no toca.

El lema de este año, 2021, es #PonUnaEtiquetaPositiva, y, aunque te pueda sonar raro, no lo es en absoluto.

Porque los Parkinsonianos somos iguales que tú, cómo cualquier otra persona.

Con tus virtudes, con tus defectos. Con tus alegrías, con tus miedos.

Al Parkinson como mejor se le trata es aprendiendo a convivir con él, aunque algunas veces te lo haga muy difícil y lo intentes acuchillar por la espalda.

Siendo positivo y adaptándote a las circunstancias.

A nivel personal, no me hace falta rebuscar mucho en esa desordenada chistera que tengo por cabeza para extraer de ella lo positivo que ha aportado Parki a mi vida.

Me ha aportado fuerza y superación.

El no tener miedo a expresar lo que siento.

El valorar más lo que tengo.

Y, lo que con diferencia más valoro, el poder relacionarme con otras personas.

Tampoco hubiera conocido a la gente de ANAPAR, de la asociación de Parkinson de Navarra, especialmente a mis compañeros del grupo de "jóvenes" de apoyo psicológico.

Ni a esas personas, ciudadanos de medio mundo, que, de manera tan agradecida, me escriben sus e-mails interesándose por Mouse Helper.

Y, seguramente, si me apuras, ni tu ni yo nos habiéramos cruzado en el camino de nuestro destino.

Ni te hubiera tenido que decir: #PonUnaEtiquetaPositiva

Feliz día del Parkinsoniano.

De vacunas y confesiones

diariodeunparkinsoniano

2021-04-18

Ha pasado más de un año desde que empezó esta pesadilla del coronavirus.

Todo comenzó como si nada, como si fuese un juego, con una especie de vacaciones forzadas, con nuestras casas a modo de hotel, en dónde, si tenías suerte, te tocaba la habitación con terraza.

Todavía resuenan en mis oídos aquellas huecas palabras del presidente del gobierno, en el que, ni el mismo, sabía de lo que hablaba, ni de lo que se avecinaba.

Al principio la cosa molaba, he de confesarlo.

Conseguía organizarme y empezaba a teletrabajar muy pronto por la mañana.

Y, en lo que en antaño era mi hora forzada del café en el trabajo, bajaba a por el pan.

Todos los días eran lo mismo.

Me pintaba la cara de camuflaje, me deslizaba por las escaleras del rellano, procurando no tocar nada, y me adentraba, sigilosamente, en la soledad de las calles, vacías del estridente ruido del motor de los coches.

Y, aunque apenas eran unos doscientos metros los que me separaban de la panadería más cercana, parecían kilómetros, intentando sortear la mirada inquisidora de algún que otro francotirador apostado en su ventana, apuntándome con su fusil y declarándome culpable tan sólo por ir con las manos vacías o por no tener el salvoconducto que proporcionaba el ser el afortunado dueño de una mascota.

La vuelta, ya con el pan bajo el brazo, era distinta.

Te sentías invencible.

Era como comerte una pildorita del ComeCocos, así que te permitías el lujo de adentrarte en el laberinto de las calles, sin miedo a que apareciera un fantasma y te devolviese a la casilla de salida, perdiendo una vida.

La primera vez que me sentí así no lo dudé ni un minuto, y, esperando que el tiempo extra de vida de la pildorita fuese suficiente, dirigí mis pasos hacia el portal donde he vivido más de media vida, y que es donde viven mis padres, ya mayores, de ochenta y cinco y setenta y nueve años, respectivamente.

Miré hacia los lados, y cuando vi que estaba solo, me introduje en el portal, me dejé llevar por el ascensor y giré la llave en la cerradura de casa, esa llave que todavía conservo.

Y, manteniéndome alejado de ellos, separados por la distancia entre la puerta y el cuarto de estar, les llamé.

Esa sensación fue indescriptible.

Primero, sorpresa.

Luego, alegría por el reencuentro.

Después, frustración por no poder tocarnos, por no poder abrazarnos, como si una barrera, invisible e infranqueable, nos separase.

Apenas estuve con ellos unos minutos, intentando vencer el miedo a hacerles daño, con mi sola presencia.

Después, ya en la calle, lágrimas de emoción, al volver mi mirada hacia su balcón, y ver cómo agitaban sus manos.

Tímidamente miré hacia el resto de los balcones, y, como si hubiesen adivinado lo que acababa de hacer, los vecinos, gente que me conoce de toda la vida, me saludaban. Y, donde yo esperaba desaprobación, encontré miradas de comprensión.

Después fui volviendo, unas veces para llevarles provisiones, otras veces porque la morriña me obligaba a hacerlo, pero siempre manteniendo las medidas de seguridad, rezando para que el puñetero coronavirus no los atacara, inmisericorde.

Ha pasado el tiempo, mucho tiempo, demasiado.

Queda lejos ya aquella primera escapada, en el pleistoceno del primer confinamiento.

Vamos ya por la enésima ola.

La muerte ha segado demasiadas vidas de inocentes, tocándolas, sin piedad, con su gélido y huesudo dedo.

Esta pandemia se ha cebado con mucha gente.

Muchos jóvenes se han revelado, no dispuestos a renunciar a esos años especiales que nosotros ya vivimos.

Muchos han perdido el trabajo, o lo han mal encontrado.

Muchos mayores se han dado por vencidos y ya no saldrán más de sus casas.

Pero hoy, cuando menos, hay una esperanza, en forma de vacunas.

No son perfectas.

Están envueltas de incertidumbres, de inseguridades.

De lo malo y de lo bueno de esta humanidad deshumanizada.

Pero son una solución, y a eso hay que aferrarse.

Me da igual lo que diga el Miguel Bosé de turno.

Al carajo las Victorias Abriles.

Hoy, por fin, aunque con mascarilla, he llorado de nuevo, lo confieso.

Al sentir, al abrazar y besar a mis padres, al estar ya vacunados.

Y por eso la entrada de hoy del blog tiene ese título tan raro.

De vacunas y confesiones.

Preparados, listos... ¿ya?

diariodeunparkinsoniano

2021-04-24

Querido diario.

Hoy, de nuevo, vuelvo a pintar tu blanco lienzo con los trazos de mis pensamientos.

Intentando, de esta manera, expulsarlos, sacarlos de mí, para poder ordenarlos y pensar con claridad.

Permíteme que lo haga.

Han pasado apenas unas horas desde que salí de la consulta del neurólogo.

Y casi cinco años desde que me detectaron la enfermedad de Parkinson.

Lo que para muchos hubiera supuesto el principio del fin, para mí fue un nuevo comienzo.

Desde el principio tuve claro que esta iba a ser una carrera de fondo, con muchos obstáculos, que iba a tener que sortear conforme aparecieran en mi camino.

Sin tener muy clara la meta, sin conocer la ventana de tiempo que me quedaba, empecé a caminar.

Desde entonces ha pasado casi un lustro, apenas un pequeño granito de arena, un fragmento insignificante en la inmensidad del desierto del Tiempo, en el que, por suerte, cuando he tropezado, he podido levantarme, gracias al apoyo, sobre todo, de mi familia y de mis amigos.

Durante este tiempo he recuperado viejas amistades, y han florecido otras nuevas.

He conseguido cicatrizar heridas de mi infancia y me he dado cuenta de lo que realmente es importante.

De lo que quiero. De lo que me quieren.

Sí, he llorado. Pero también he reído.

He tenido que apretar mis dientes para ahogar mi grito de dolor.

Pero también he disfrutado del suave murmullo del viento, susurrándome en los oídos.

He sentido. He sentido, como nunca antes había sentido.

He crecido y he avanzado.

He vencido mis miedos, he sido más yo.

A su vez, mi cuerpo y mi mente han ido cambiando.

Al principio sólo me temblaba el pulgar de la mano derecha.

Poquito a poco, Parki ha ido haciendo de las suyas.

Averiando mis neuronas, y haciendo que apenas me quede dopamina en el cuerpo.

Agitándome, haciendo que mi lado derecho se mueva de forma involuntaria, anárquico, sin obedecer las órdenes de mi cerebro.

No dejándome descansar, provocándome pesadillas tan vívidas que parecen reales.

Hoy el Dr. Clavero, mi neurólogo, ha dicho la palabra clave.

Cirugía.

La solución que me ha propuesto es pasar por el quirófano, para colocarme en el cerebro un electrodo, para estimularlo.

Una especie de marca pasos, de capataz de galera romana, que, con su estridente tam-tam, se encargue de marcarle el ritmo a mis neuronas.

La buena noticia es que es un proceso reversible, que se puede quitar en cualquier momento.

Sé que hay otras soluciones más novedosas, pero que todavía no están lo suficientemente rodadas.

Hace apenas una semana ANAPAR organizó las Jornadas del Parkinson 2021 en Navarra, y en la que asistí como invitado, para hablar unos

minutos sobre Mouse Helper.

Mientras esperaba mi intervención, nervioso e impaciente, escuché con atención la ponencia que la Dra. Luquin daba sobre los avances en la investigación sobre la enfermedad de Parkinson.

La Dra. Luquin habló de una próxima vacuna y de todas las líneas de investigación.

Del HIFU, pero también de cómo estaban consiguiendo con ondas de baja frecuencia abrir la barrera que hace infranqueable al cerebro, para poder introducir virus que modificasen genéticamente algunas neuronas y así de esa manera producir dopamina, y conseguir la ansiada curación.

En sus ojos vi esa chispita de luz que se ve cuando la gente cree en algo y dedica su vida a hacerlo realidad.

Cirugía.

Esa palabra que al principio tanto temía, y que, con el tiempo, me he acostumbrado a pronunciar en alto.

Con respeto, pero sin miedo.

Al acabar la consulta, el Dr. Clavero me ha preguntado si estaba preparado.

Le he mirado a los ojos tan solo un instante, apenas unas décimas de segundo.

Y he visto en sus ojos la misma chispita de luz de la Dra. Luqui.

Y, sin dudarlo, he dicho que sí.

Así que a partir de ahora empieza una nueva carrera.

Hoy, como hace casi cinco años, escucho de nuevo el “Preparados, listos... ¡YA!”

Hasta siempre Txemis
diariodeunparkinsoniano

2021-07-12

Hoy había empezado a escribir en mi blog, abandonado desde hacía tantos meses.

Mi intención era escribir acerca de los cumpleaños, aprovechando que hacía unos días había sido el mío.

Pero todo lo que había escrito lo he borrado de un manotazo, al enterarme que te habías ido así, tan de repente.

Todos tenemos una fecha marcada en nuestro calendario, la fecha de nuestro nacimiento.

Es una fecha conocida, de alegría, en la que celebramos junto con nuestros seres queridos la llegada a este mundo.

Es la casilla de comienzo en este juego que es la vida, y en la que vas avanzando por su tablero, arrojando sobre él los dados de tu destino.

A veces caes en la casilla del premio, y encuentras felicidad.

Encuentras a tus mejores amigos o amigas, esos que se cuentan con los dedos de una mano, y que lo serán para toda la vida.

Esa gente con la que compartes tus primeros años de adolescencia, esos tan duros en los que necesitas un apoyo cuando dejas de ser un crío.

O encuentras a tu pareja, con la que te apetece compartir tu vida.

O nacen tus hijos, o tus sobrinos, y te colman nuevamente de alegría.

Otras veces tienes una mala tirada y caes en la casilla de castigo, y tienes un traspies.

Y te toca afrontar una enfermedad, y levantarte después de haber caído.

Y sales adelante como lo hacías tú, querido Txemis, con ese humor tan particular y ácido con el que afrontabas la vida.

Haciéndonos sonreír, poniéndonos los dientes largos, cuando publicabas alguna foto en Facebook, devorándote el mundo en forma de chuletón, en tus viajes en autocaravana, con tu hija y con tu mujer.

O respondiendo con ironía a mis compis de la E.G.B., Alberto, Manuel y Vilchez, que tuvieron la fortuna de tenerte como amigo, cuando te decían “poco vino veo”, si se atrevían a comentar alguno de tus viajes.

En nuestro calendario también hay marcada otra fecha, aunque desconocida.

Es esa fecha en la que tiramos los dados y llegamos a la casilla de la meta, a la del final.

Esa casilla, en la que todos, tarde o temprano, caemos sin remedio.

La de nuestro adiós.

Hoy has tirado tus últimos dados.

Hoy has caído en esa maldita casilla.

Hoy te has ido, dejando desolada a tu familia.

A mis compis de la E.G.B., a tus mejores amigos.

Sin cobrarte la deuda de un almuerzo.

Y haciéndonos pensar, a veces...

Que joputa es esta vida.

Lúa
diariodeunparkinsoniano

2021-07-13

Lúa es alguien que he conocido estos días en Serradilla del Arroyo, un pueblecito de Salamanca que está muy cerca de Extremadura, la tierra donde nació mi padre.

Tiene seis años y es una perrita de aguas de pelo blanco, tan corto y suave que parece el lienzo de un cuadro, limpio e impoluto, sobre el que el creador (o como quieras llamarlo) dejó caer unas manchitas de color café, que alcanzaron parte de su cabeza y su espalda.

Me han dicho que es de raza, que tiene mucho pedigrí, pero a mí eso me da igual.

Lo que más me impactó al conocerla fueron sus ojos, de color miel.

Estaban llenos de tristeza, y, sobre todo, de miedo.

Ese miedo, desmedido e irracional, que todos tenemos a lo desconocido, pero que en Lúa se acentúa, de manera exponencial.

Aunque ya lleva unos años viviendo con una familia que la quiere y la colma de cuidados, ese miedo sigue ahí, en su interior.

Seguramente, cuando nació, debió sufrir algún trauma, fruto del alma despiadada de algún energúmeno, y de ahí su desconfianza.

Seguramente, también, en aquel momento, su nombre sería otro.

Pero cuando llegó al hogar de Juan y de Jenny, y de Leo y de Elma, fue de nuevo bautizada con su nombre, como un nuevo renacer.

Lúa.

Significa Luna, en gallego, y le viene que ni pintado.

Lúa.

Tiene miedo hasta de su sombra.

Pobre Lúa.

He conseguido ganármela a base de acércame a ella lentamente para acariciarla, aprovechando los pocos momentos en los que baja la guardia.

Hoy, por fin, muy temprano, cuando apenas habían despuntado los primeros rayos de Sol, me ha dejado ponerle su correa y hemos salido a pasear.

Al principio estaba insegura, explorando el entorno.

Olisqueando cada rincón de este pueblo, dormido y aletargado.

Llenando sus pulmones con este aire, limpio y puro de la sierra Salmantina, impregnado por una mezcla de aromas de jara y tomillo, y que ya apenas

puedo recordar.

Y me he atrevido a asomarme al abismo de sus castigados ojos.

Y he visto en ellos un brillo de felicidad.

Lúa.

Afortunada Lúa.

Qué vida más achuchá diariodeunparkinsoniano

2021-07-16

Erase una vez, una vez que se era, una niñita llamada Elma.

Elma tenía apenas siete años, y, aunque era un poco menuda para su edad, lo suplía con creces con el arte y salero que desprendía al hablar.

Le gustaba acurrucarse en los brazos de Jenny, su mamá, viendo la televisión recostadas en el sofá, y hacer rabiar a su hermana mayor Leonor, mientras esperaban a que Juan, su papá, llegara de trabajar.

Un día Juan se presentó antes de tiempo y le dijo a Jenny:

- Jenny, prepara las maletas que nos vamos de viaje.

Y sin tiempo para que Jenny dijese nada, Elma, abriendo esos ojos que tiene en forma de almendras, preguntó, asombrada:

- ¿En serio?

Y Juan, le respondió:

- Si, Elmita. Nos vamos al chalé del pueblo a pasar el fin de semana.

Elma y Leonor no pudieron reprimir su alegría.

Saltaron y saltaron por toda la casa, hasta que Jenny les apremió a que hicieran sus maletas.

Tardaron poco más de una hora en montarse en el coche, tan rápido que casi se dejan olvidada a Lúa, su perrita de aguas.

Cuando ya por fin se aseguraron de que no faltaba nadie, Juan apretó el acelerador y el coche empezó a moverse con rapidez.

Durante todo el viaje Elma, incansable, no paró de hacerle preguntas a su madre, que respondía una y otra vez.

Mientras, Leo, no podía dejar de mirar por la ventanilla, admirada por los colores que pasaban delante de sus ojos, a toda velocidad, y Lúa dormía a sus pies, ajena de todo.

Después de unas cuantas horas, que a Elma le parecieron una eternidad, por fin consiguieron divisar en la lejanía las montañas de las tierras de Salamanca, que vieron nacer a su bisabuelo Segismundo.

Elma, impaciente, saltó del coche, apenas su madre la desató su cinturón, y corrió como un rayo hasta abrazarse a su amatxi Mariam, que le estaba esperando en la puerta, sonriente.

Mientras los demás descargaban el coche, Juan le dijo a Elma:

- Elmita: Venga, deja a la amatxi y ven a coger tus maletas, que pesan mucho.

Y Elma, encogiéndose de hombros, le respondió, con ese salero que tiene:

- ¡Ayyyyy, que vida más achuchá!

Y todos rieron, fueron felices y comieron perdices.

Nahia e Ibai. Ibai y Nahia
diariodeunparkinsoniano

2021-07-25

Hoy empiezo mi entrada en el blog por su final.

Apoyando mi cabeza en el quicio de la puerta de mi casa, pensativo, viéndolos alejarse de ella.

Son ellos, Nahia e Ibai, Ibai y Nahia.

Mis dos mellizos favoritos, mis pequeños sobrinos, convertidos ya en dos preadolescentes de casi catorce años.

Bueno, a decir verdad, el adjetivo de pequeños se ha caído ya de la lista de calificativos.

Aunque yo no soy ningún gigante, ya casi me llegan a la cabeza.

Hay que ver como pasa el tiempo, cuando se esforzaban en llegar con sus pequeñas manos al asidero del ascensor, compitiendo el uno al lado del otro, sacando fuerzas de donde no las tenían, con ese sentimiento de competitividad que tienen todos los hermanos.

Aunque hoy en día todavía lo tienen, ya están mucho más sosegados.

O, al menos, cuando están conmigo.

Mira que han tenido rabietas, que me han hecho permanecer inmóvil, incapaz de reaccionar.

Pero ya no.

Ibai se ha convertido en un mozalbete espigado, que te habla con calma y serenidad, intentando interesarse y opinar de todo, no importa el tema que sea.

Sigue siendo tan despistado como siempre, pero eso a mí, no me importa.

Lo que realmente me importa es lo que veo en sus ojos, y que vi siempre en su mirada desde niño. Esa mirada de pillo que te hacía sonreír y que te encandilaba nada más verla, cuando correteaba por el parqué de esta misma casa.

Hoy la acompaña con una sonrisa que es nueva para mí, porque su carita de niño se ha ido transformando en la del adolescente que ya es.

Y qué decir de Nahia.

Esa princesita, reflejo del espejo de su madre, de cabellos rizados que me enamoró nada más verla, a la que admiro por su trabajo y tesón.

La que me robó mi portaminas, y que también se llevó con él un trocito de mi corazón.

Hoy ya es toda una mujercita, aunque su voz la sigue delatando, cuando habla con orgullo de lo mucho que la quieren sus abuelos, especialmente el refunfuñón de su abuelo Don-don.

Hoy los veo alejarse de mí, como tantas veces.

Después de ayudarme a recordar y seleccionar alguno de mis relatos, los más tiernos, recopilados en una especie de hit-parade personal, para que mi madre, su amatxi, los pueda leer con calma en su e-book, en su recién estrenada faceta de lectora empedernida.

El título estaba claro: “Relatos para nuestra amatxi”

Y, los autores...

Nahia e Ibai. Ibai y Nahia